

HEIDEGGER, GAGARIN Y NOSOTROS¹

Pareciera ser urgente defender al hombre contra la tecnología de nuestro siglo. El hombre habría perdido su identidad para ingresar, como un engranaje más, en una inmensa maquinaria en la que giran hombres y cosas. En adelante, *existir* equivaldría a explotar a la naturaleza; pero en el torbellino de esa empresa que se devora a sí misma, no habría puntos fijos. El paseante solitario que deambula por el campo con la certeza de pertenecerse a sí mismo no sería, en rigor, más que el cliente de una industria hotelera y turística librado, a su pesar, a los cálculos, las estadísticas y las planificaciones. Ya nadie existiría para sí.

Hay algo de verdad en esa declamación. La técnica es peligrosa. No sólo amenaza la identidad de las personas, también amenaza con hacer estallar al planeta entero. Pero los enemigos de la sociedad industrial suelen ser reaccionarios. Olvidan o detestan las grandes esperanzas de nuestra época en la que, como nunca antes, la fe en la liberación de los hombres irrumpe con fuerza en las almas. Esa fe no nace de las facilidades que las máquinas y las nuevas fuentes de energía ofrecen al infantil instinto de la velocidad; no pasa tampoco por los encantadores juguetes mecánicos que tientan la eterna puerilidad de los adultos. Radica en cambio en el estremecimiento de las civilizaciones sedentarias, en el desmoronamiento de las pesadas cargas del pasado, en el palidecer de los colores locales, con las fisuras que rajan todas esas cosas molestas y obtusas a las que se adosan los particularismos humanos. Hay que ser subdesarrollado para reivindicarlas como razones de ser y luchar en su nombre por un lugar en el mundo moderno. El desarrollo de la técnica no es la causa -es ya el efecto de ese aligeramiento de la sustancia humana que se vacía de su pesadez nocturna.

Pienso en una prestigiosa corriente del pensamiento moderno, nacido en Alemania y que inunda los rincones paganos de nuestra alma occidental. Pienso en Heidegger y en los heideggerianos. Estos quisieran que el hombre recupere el *mundo*. Los hombres habrían perdido el mundo. No conocerían más que la materia erigida frente a ellos, *objetada*, de algún modo, a su libertad, no conocerían más que *objetos*.

Reencontrar el mundo es recuperar una infancia misteriosamente agazapada en el Lugar, abrirse a la luz de los grandes paisajes, a la fascinación de la naturaleza, a lo majestuoso de las montañas; es correr por un sendero que serpentea a través de los campos; es sentir la unidad que instauran el puente que une las orillas del río y la arquitectura de las construcciones; sentir la presencia del árbol, el claro-oscuro de los bosques, el misterio de las cosas, de un cántaro, de los suecos gastados de una campesina, el destello de una jarra de vino apoyada sobre un mantel blanco. El *Ser* mismo de lo real se manifestaría detrás de esas experiencias privilegiadas, dándose y confiándose al cuidado del hombre. Y el hombre, guardián del Ser, extraería de esa gracia su existencia y su verdad.

La doctrina es sutil y nueva. Todo aquello que, desde hace siglos, nos parecía como agregado por el hombre a la naturaleza, reluciría ya en el esplendor del mundo. La obra de arte -destello del ser y no invención humana- hace resplandecer ese esplendor pre-humano. El mito se dice en la naturaleza misma. La naturaleza está implantada en ese lenguaje primordial que, al interpelarnos, funda el lenguaje humano. Es preciso que el hombre pueda escuchar y comprender y responder. Pero oír ese lenguaje y responderle no consiste en volcarse a la construcción de pensamientos lógicos erigidos en sistemas de conocimientos, sino en habitar el lugar, en ser ahí. Arraigamiento. Quisiéramos retomar ese término; pero la planta nunca está lo suficientemente

¹ Publicado en *Information juive* en 1961.

implantada como para definir la intimidad con el mundo. Un poco de humanidad nos alejaría de la naturaleza, mucha humanidad no acercaría nuevamente a ella. El hombre habitaría la tierra más radicalmente que la planta que sólo extrae de ella los jugos nutricios. La fábula que dice el lenguaje primero del mundo supone lazos más finos, más numerosos y más profundos.

Esta es la eterna seducción del paganismo, más allá del infantilismo de la idolatría, superada desde hace tiempo. *Lo sagrado filtrándose a través del mundo* - puede que el judaísmo no sea más que la negación de esta idea. Destruir los bosquecillos sagrados - ahora comprendemos la pureza de ese presunto vandalismo. El misterio de las cosas es la fuente de toda crueldad para con los hombres.

La implantación en un paisaje, el arraigo al *Lugar* sin el cual el universo se volvería insignificante y apenas existiría, es la separación misma entre autóctonos y extranjeros. Desde esta perspectiva, la técnica es menos peligrosa que los genios del *Lugar*.

La técnica suprime el privilegio de ese arraigamiento y del exilio que a él se refiere. Libera de esa alternativa. No se trata de volver al nomadismo, tan incapaz como la existencia sedentaria de salir de un paisaje y de un clima. La técnica nos arranca al mundo heideggeriano y a las supersticiones del *Lugar*. A partir de allí surge una nueva posibilidad: percibir a los hombres fuera de la situación en la que se encuentran implantados, dejar relucir el rostro humano en toda su desnudez. Sócrates prefería la ciudad, en la que uno se encuentra con los hombres, al campo y a los árboles. El judaísmo es hermano de este mensaje socrático.

Lo admirable en la hazaña de Gagarin no es su magnífico número de Luna Park que impresiona a la multitud; tampoco lo es la performance deportiva realizada al llegar más lejos que los otros, batiendo todos los récords de altura y velocidad. Más importante que todo eso es la apertura probable a nuevos conocimientos y a nuevas posibilidades técnicas, son el coraje y las virtudes de Gagarin, es la ciencia que ha hecho posible la hazaña y todo lo que todo esto a su vez presupone en términos de espíritu de sacrificio y de abnegación. Pero quizás lo que cuenta por encima de todo es el hecho de haber abandonado el Lugar. Por una hora, un hombre ha existido fuera de todo horizonte -todo era cielo alrededor suyo o, más exactamente, todo era espacio geométrico. Un hombre existió en lo absoluto del espacio homogéneo.

El judaísmo siempre ha sido libre respecto de los lugares. De ese modo permaneció fiel al valor más elevado. La Biblia conoce una sola Tierra Santa. Tierra fabulosa que vomita a los injustos, tierra en la que uno no se arraiga sin condiciones. ¡Qué sobrio es el Libro de los Libros en sus descripciones de la naturaleza! -“País del que mana la miel y la leche”. El paisaje es descrito en términos alimenticios. En una frase incidental: “Era en ese entonces la estación de las primeras uvas” (Números, 13, 20) brilla por un instante un racimo que madura bajo el ardor de un sol generoso.

¡Oh, tamarindo que plantó Abraham en Beer-sheba! Uno de los pocos árboles “individuales” de la Biblia y que surge con su frescura y con su color para cautivar la imaginación en medio de tantas peregrinaciones, a través de tantos desiertos. ¡Pero cuidado! El Talmud teme quizá que nos dejemos seducir por su canto bajo la brisa del mediodía y que intentemos encontrar allí el sentido del Ser. Es por eso que nos arranca de nuestros sueños: Tamarindo es una sigla. Las tres letras necesarias para escribir su nombre en hebreo son las iniciales de Alimento, Bebida y Casa, tres cosas necesarias para el hombre y que el hombre ofrece al hombre. La tierra está para eso. El hombre la domina para servir a los demás hombres. Sigamos siendo dueños del misterio que respira. Es quizás este uno de los puntos en los cuales el judaísmo se aleja más del cristianismo. La catolicidad del cristianismo integra a los pequeños y conmovedores

dioses familiares en el culto de los santos, en los cultos locales. Al sublimarla, el cristianismo mantiene arraigada a la piedad; ésta se nutre de los paisajes y de los recuerdos familiares, tribales, nacionales. Es por eso que ha conquistado a la humanidad. El judaísmo no sublima a los ídolos, exige su destrucción. Como la técnica ha desmitificado al universo. Ha deshechizado a la naturaleza. Por su universalidad abstracta, choca imaginaciones y pasiones. Pero ha descubierto al hombre en la desnudez de su rostro.

Emmanuel Levinas, *Difícil Libertad*, 2nda edición, Editorial Lilmod, Buenos Aires (en prensa)

Traducción: Lic. Manuel Mauer

© Editorial Lilmod, Buenos Aires